



31 de julio de 1965. Mons. Rómulo Carboni, Nuncio de Su Santidad, en visita a la Parroquia de Inmaculada de Santa Cruz. Le acompaña Mons. Luis Sánchez-Moreno Lira Obispo Auxiliar, P. Juan Tomis y las Hermanas norteamericanas de la Sagrada Familia de Nazaret de Bridgeport

Recuerdos de Chiclayo

¡Cómo agradezco al Señor la invitación que se me hace para recordar algunas cosas de mis años episcopales en Chiclayo!.

Mons. Luis Sánchez-Moreno Lira

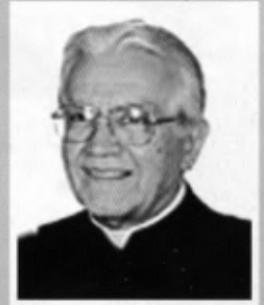
Cuando a los 35 años de edad el Nuncio me propuso, de parte del Santo Padre Juan XXIII, designarme Obispo Auxiliar de una Diócesis recientemente formada, al frente de la que estaba Mons. Daniel Figueroa Villón, entendí por unas circunstancias especiales que ello sería del agrado de S. Josemaría, y -sin demasiada ilusión- acepté ese nombramiento, que abrió para mí una temporada de perplejidades e ilusiones, y de cariño muy grande por parte del pueblo, y de mucho agradecimiento al Señor por parte mía. La situación era propicia por un lado, difícil muy difícil, por el otro: mis referencias acerca del pueblo de esta nueva querida Diócesis eran estupendas, todos me hablaban de lo cariñoso que era, pero agregaban que había que hacer mucho. Y ello porque la labor pastoral en esa tierra se realizaba a distancia, con un gobierno que se asentaba en algunas cosas en Trujillo, otras en Cajamarca: la Diócesis había sido formada con tres provincias de Departamentos.

Por deseos del Nuncio, la consagración episcopal se realizó en Arequipa, mi tierra natal. Inmediatamente después me trasladé al norte, al que yo no había tenido ocasión de conocer. En ese entonces no se era tan cosmopolita como ahora, en este mundo empequeñecido por los medios de comunicación.

Mi primera impresión fue gratisima. Una ciudad muy acogedora, con un fuerte dinamismo económico.

Volví a ver a Mons. Figueroa Villón. Una figura impresionante, dolorosamente sufriente por una hemiplejía y por heridas que no cerraban en una pierna. Ya lo había conocido cuando estuvo como Administrador Apostólico de la Arquidiócesis, antes de ser Obispo en la sierra del centro.

La gente le tenía mucho respeto y cariño. Pienso que era un hombre muy santo, sumamente responsable de su función. Fuerte y callado. Estando en condiciones disminuidas, organizó la nueva Diócesis de Chiclayo. Felizmente contó con la ayuda de las haciendas -entonces florecientes-, de muchos chiclayanos de pro, y del gobierno



de Odría, que facilitó la terminación -¡por fin!- de su iglesia, ahora catedral, y la adaptación de la casa y las oficinas episcopales.

Lo primero que me pidió, al día siguiente de mi entrada en la Diócesis, fue iniciar las visitas pastorales a lo ancho y largo de la Diócesis. Comprometió al Pbro. Salomón Delgado, oriundo de Cutervo y eximio jinete, para que me orientara y me acompañara. Recorrimos todo, en auto, pick-up, caballo, y a pie, según las circunstancias. Mons. Figueroa se preocupó de que todo estuviera en regla. Con un misionero franciscano, y un sacerdote de la Prelatura de Yauyos -que me acompañó algunos meses- fuimos administrando la confirmación por uno y otro lado, en iglesias coloniales, grandes, llenas a tope; realizando varias ceremonias cívicas al día y conociendo las parroquias. Me atrevo a pensar que una buena parte de todo lo que Chiclayo ha podido gozosamente crecer en espiritualidad cristiana, se debe -con mucho- al amor bendito y loco de nuestro buen Dios que tomó los sufrimientos duros de ese fiel Obispo, y escuchó sus continuas preces.

Tuve la oportunidad de recibir su ferviente aprobación para poner las primeras piedras del Seminario, que pudo aprovechar después del buen terreno que Mons. Figueroa había adquirido y conservado con oportunidad. *Gratias Tibi, Deus, gratias Tibi!* por todo lo que pudo hacer, después, durante varios años, Mons. Ignacio Orbeago, y por la continuidad bendita que supuso el nombramiento de Mons. Jesús Moliné. Una continuidad muy grata ante los ojos de Dios y de los hombres. Recuerdo -siempre con emoción- los consejos de S. Josemaría, que yo podía recibir durante los cuatros años que el Vaticano II me permitió vivir en la misma casa que el Santo. Cómo nos aconsejaba que cuando nos tocara ir de Obispos no iniciáramos ningún cambio, como no fuera en situaciones insostenibles, y que lo pensáramos mucho, lo viéramos con calma en la oración, pidiéramos buenos consejos de gente lista y honrada., y poco a poco. Un modelo de esto pienso que es Chiclayo por la sabiduría y fidelidad a la Iglesia de Mons. Orbeago y de Mons. Moliné.